



CONQUISTAS VI(R)OLENTAS Y VACUNAS  
INDEPENDENTISTAS: ANDRÉS BELLO Y  
MANUEL JOSÉ QUINTANA ANTE LA  
ENFERMEDAD DE LA COLONIA

*José Manuel Pereiro-Otero*

The University of Texas at Austin

Al concluir su pionero, polémico e influyente *The Colonizer and the Colonized* (1957), Albert Memmi utiliza las siguientes palabras para describir al colonizador y, por extensión, el sistema de la colonia: “It definitely appears that the colonizer is a disease of the European, from which he must be completely cured and protected . . . The cure involves difficult and painful treatment, extraction and reshaping of present conditions of existence” (147). A pesar de que Memmi deja sin nombre al administrador de dicha cura, a través de esta metáfora describe al colonizador como una traumática enfermedad que requiere tratamiento, cirugía y seguimiento postoperatorio, conjurando, al mismo tiempo, ideas de cánceres, medicinas, quirófanos, amputaciones y cuerpos enfermos. Incluso teniendo en cuenta que la cita se refiere principalmente a la situación de la colonia francesa en el Túnez del siglo XX donde se crió Memmi, la funcionalidad de esta metáfora adquiere una relevancia particular al introducir estas páginas, ya que hubo un tiempo históricamente anterior en que una colonia diferente, la hispanoamericana, sufrió una verdadera enfermedad, además de la metafórica, al extenderse por todo su cuerpo geográfico ambas plagas vi(r)olentas. Hasta tal punto llega a ser significativa esta correlación, que la aparición y la desaparición tanto de dicha enfermedad como del sistema colonialista concuerdan histórica y cronológicamente en la parte continental de la América hispana.

Esta sincronía epidémica coincide con otra de tipo literario. Alrededor de la segunda mitad del siglo XVIII encontramos referencias a los estragos causados por la viruela en la sociedad hispanoamericana de la época, tal y como lo atestiguan los poemas del doctor José Ignacio Moreno incluidos por Mauro Páez Pumar en su antología o las reflexiones del también doctor Francisco Javier Eugenio Santa Cruz y Espejo.<sup>1</sup> Si se consideran estas circunstancias, es inevitable que la llegada a América de la vacuna contra esa enfermedad se celebrara a través de la composición de poemas en Hispanoamérica, como, por ejemplo, los de Simón Bergaño y Villegas (1781–1828) o Andrés Bello (1781–1865), y también en España, como atestigua la oda de Manuel José Quintana (1772–1857).<sup>2</sup> De estas aportaciones nos interesa reconsiderar especialmente a Bello y a Quintana, no sólo porque tradicionalmente las composiciones de uno y otro se han presentado como contrapuestas en términos de calidad y efectividad artística, sino porque las del primero se consideran marginales dentro del canon de su obra y las del segundo han sido reducidas a simples muestras de temática iluminista.<sup>3</sup> Por el contrario,

---

1. A Moreno pertenecen la décima titulada “A una dama que de resultas de las viruelas le quedó una nube en un ojo” (Páez Pumar 262) y el romance endecasílabo “Al pertinaz estrago que causan las viruelas en esta provincia de Caracas, introducidas este año de 1.764” (Páez Pumar 259). Las “Reflexiones acerca de las viruelas” de Santa Cruz están en el segundo volumen de sus escritos (II: 341–98). En España también existe un romance anacreóntico de doña María de Hore (1742–1801), titulado “Al poner unas siemprevivas, después de amortajado, a un hijo que le murió de viruelas” (Cueto III: 556). Varios opúsculos médicos ensayan y proyectan otras soluciones antes del descubrimiento de la vacuna. Véase, por una parte, la *Instrucción curativa* (1774) escrita por José Amar y Arguedas, médico de cámara de Su Majestad Carlos III; y, por otra, la *Disertación* (1784) de Francisco Gil, a la cual contesta Santa Cruz con las “Reflexiones”. También existen referencias bibliográficas a la costumbre dieciochesca de inocular directamente el virus con la esperanza de lograr la inmunización. Sobre esta costumbre, véase Arce. Testimonios contemporáneos son la traducción del original italiano de Giovanni Spallarossa realizada en 1767, junto a la oposición frontal de Pedro Fernández de Castilla a esta peligrosa, y muchas veces mortal, práctica.

2. El poema del periodista guatemalteco titulado “La vacuna, canto dirigido a los jóvenes” se anuncia en la prensa en 1805, pero no aparecerá hasta 1808 (Carrillo 139). Puede leerse en la edición de *Poemas* publicada en 1959 (13–32).

3. Arturo Torres Rioseco ha dedicado un artículo a glosar la influencia de Quintana en la obra de los poetas hispanoamericanos del siglo XIX y ha trazado la semejanza entre éste y Bello en los siguientes términos: “Como muchos otros bardos hispanoamericanos de su tiempo Bello escribió una ‘Oda a la vacuna’ que forzosamente tenía que ofrecer puntos de semejanza con la conocida silva de Quintana al mismo tema” (270). También Emir Rodríguez Monegal menciona la semejanza entre ambos escritores (34), aunque páginas atrás ha consignado que en Bello “La visión continental es todavía, y demasiado, una visión imperial española, la visión del conquistador y colonizador” (25). Asimismo, este paralelismo es para Miguel Antonio Caro ocasión para observar el contraste, preguntándose: “¿No es curioso ver cómo de una misma ocasión toman pie el español para tirar tajos y reverses a las sombras de los conquistadores, y el americano para extremar expre-

no resulta descaminado sugerir que estas obras triangulan una reflexión que liga las cuestiones de la colonia, la viruela y la vacuna con un comentario implícito acerca del papel de la escritura. No obstante, y a pesar de que ambos autores se inspiran en los mismos motivos y tratan de utilizar los parámetros estéticos e ideológicos de un lenguaje clasicista, su tratamiento de dichos *topoi* alude a una diferencia sustancial provocada, precisamente, por la cercanía a la infestación colonial.<sup>4</sup>

Al escribir la *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, Bernal Díaz del Castillo recuerda con claridad en qué circunstancias se produjo la llegada de la viruela a América en 1520:

Y volvamos ahora a Narváez y a un negro que traía lleno de viruelas, que harto negro fue para la Nueva España, que fue causa que se pegase e hinchiere toda la tierra de ellas, de lo cual hubo gran mortandad, que, según decían los indios, jamás tal enfermedad tuvieron, y como no la conocían, lavábanse muchas veces, y a esta causa se murieron gran cantidad de ellos. Por manera que negra la ventura de Narváez, y más prieta la muerte de tanta gente sin ser cristianos. (II: 64)

Dejando aparte los retruécacos racistas, que a pesar de ser muy significativos en este contexto exigirían un camino diferente del que aquí se propone, se

---

siones de gratitud por los beneficios recibidos . . . ?” (24). Dicha oposición le hace criticar duramente “el tono melifluido de besamanos” (25) que muestran estos poemas de “retórica prohispanica” (Fernández, “Andrés Bello I” 42). Cardozo señala igualmente que las obras escritas en Venezuela son “las más leves de su carga poética, [y] reflectan su amistad con España” (57). Es curioso que estos dictámenes coincidan en fondo y forma con la opinión de Menéndez y Pelayo, quien en su *Historia de la poesía hispano-americana* decía de las dos obras de Bello que eran “poesía oficinesca y rastrera, indigna por todos los conceptos de su nombre, y mucho más por la terrible comparación que suscita con la grandiosa oda que aquel mismo acontecimiento inspira simultáneamente a Quintana” (XXV: 366). Por su parte, Iván Jaksic los menciona marginalmente en su reciente biografía sobre el autor y sigue a Cussen (7–15) al afirmar que son “rather enthusiastic about the imperial order” (21). Sin embargo observa en otros, por ejemplo en “A un Samán”, “a more personal side reflecting a deep attachment to the land of his birth” (21), como si un espacio más mítico e irreal pudiese ser personal y, a la vez, enajenado.

4. Antes de entrar en el análisis de las obras, las siguientes páginas sintetizan el imprescindible contexto histórico que fundamenta nuestra lectura. Estos datos se han reelaborado a partir de las obras de Michael Smith, Emilio Balaguer y Rosa Ballester y los dos libros de Susana Ramírez Martín dedicados a la expedición de Balmis. Igualmente ha resultado útil el artículo de Patricia Aceves y Alba Morales. A pesar de no haber formado parte directa de la inspiración de este trabajo, queremos mencionar la novela de Julia Álvarez, *Saving the World*—traducida como *Para salvar el mundo*—, parte de cuya trama se inspira en la expedición.

ha cuestionado la referencia específica de la historia de Bernal Díaz, puesto que el término “viruelas” tenía en el siglo XVI un sentido más laxo que el actual. Incluso se ha argumentado que el esclavo enfermo, Francisco de Eguía (o Guía), probablemente tenía otro mal (Smith 6–7) y, con mayor amplitud, también se ha cuestionado el hecho de que la viruela entrara a través de las actividades españolas. Concretamente, el historiador puertorriqueño Salvador Brau ha argüido que la responsabilidad última de su introducción en América correspondía, no a las rutas de comercio practicadas por los españoles, sino a las seguidas por los genoveses, quienes importaban esclavos africanos enfermos a las Antillas (303).<sup>5</sup>

Más allá de la distribución de la culpa y la responsabilidad última, la cuestión es que la pervivencia del sistema colonialista y su enfermedad hasta la clausura independentista diezmó a la población nativa. Como es sabido, la letalidad de esta enfermedad era muchísimo más feroz entre los indígenas americanos que entre los europeos debido, por una parte, a sus diferentes sistemas inmunológicos y, por la otra, a la inexperiencia en su tratamiento. Tal ferocidad no pasó desapercibida a los primeros cronistas, quienes, al igual que Bernal Díaz, consignaron el horror de las epidemias de procedencia europea. Así, efectivamente, lo hicieron Toribio de Benavente, Motolinía, Bernardino de Sahagún o Antonio de Herrera y Tordesillas, quienes dejaron constancia de la pandemia hasta tal punto que Tzvetan Todorov, en su *The Conquest of America*, ha extraído la polémica conclusión de que “it is certain that the conquistadors see the epidemics as one of their weapons” (135). No se puede negar en cualquier caso que, como ha estudiado Charles Gibson (448–51) en el caso del México colonial, se pueden documentar varios brotes epidémicos relacionados con la viruela en los siglos XVI (1520–21, 1531, 1532, 1538), XVII (1615–16, 1653, 1663, 1678) y XVIII (1711, 1734, 1748, 1761, 1762, 1779–80, 1797, 1798).<sup>6</sup> A pesar de que en la enumeración de fechas se han eliminado las relativas a otras enfermedades, ésta ofrece un panorama desolador y escalofriante de la incidencia de estos contagios, que no se comenzará a resolver, por una parte, hasta la llegada de la vacuna y, por la otra, hasta las revueltas independentistas. De este modo, nos resulta inevitable observar el paralelismo y el vínculo de fundación, desarrollo y clausura que existe

5. Véase el Apéndice IX de la misma obra de Salvador Brau donde se sostiene que la viruela llega a América en 1518 y no en la fecha que Díaz del Castillo menciona.

6. Donald B. Cooper ha dedicado una monografía al estudio de las epidemias en la Ciudad de México entre 1761 y 1813, período en el que la viruela fue especialmente activa.

entre la permanencia de la viruela en América—o quizá sería más exacto decir la ausencia de la vacuna—y el mantenimiento del sistema de dominio español, que convierte tanto a la enfermedad como al colonialismo en una presencia endémica, vinculada históricamente y resuelta en la práctica al unísono.

Como la enfermedad no sabe de colonias ni de riquezas, el azote de la viruela afectaba por igual a los europeos, aunque, como se ha dicho, el porcentaje de muertes entre éstos fuera sensiblemente menor, pese a rondar el también estremecedor 30% de los afectados. Sólo durante el siglo XVIII, y limitándonos a la familia real de España, la viruela causa graves problemas a la recientemente instaurada dinastía borbónica. Así, el monarca Luis I sufre esta enfermedad y fallece a las pocas semanas de haber ascendido al trono en 1724. Años más tarde, en 1788, el décimo hijo de Carlos III, el infante Gabriel Antonio, su esposa, la infanta portuguesa María Ana Victoria, así como el hijo recién nacido de ambos, mueren de viruela. Igualmente, en 1798 la hija de Carlos IV, doña María Luisa, sufre la enfermedad, aunque la sobrevive y por eso aparece sosteniendo a su hijo en brazos al margen derecho del cuadro de Goya *La familia de Carlos IV*, pintado dos años más tarde.

Dadas estas circunstancias, no es extraño que no solamente Europa, sino también América muestren un interés excepcional en la vacuna que el médico británico Edward Jenner describe en su tratado de 1798, *An Inquiry into the Causes and Effects of the Variolae Vaccinae; a Disease Discovered in Some of the Western Counties of England, Particularly Gloucestershire, and Known by the Name of The Cow Pox*. Su descubrimiento se propaga a gran velocidad, teniendo en cuenta los precarios medios de comunicación contemporáneos. Tal y como lo ha documentado Susana Ramírez Martín (*La salud* 32 y 35), en el ámbito hispano se encuentran menciones a principios de siglo tanto en la prensa peninsular, en la *Gazeta de Madrid* (año 1800), como en la colonial, en el *Almanaque peruano* y la *Gazeta de México* (año 1801). En 1802, en el mismo momento en que comienza una epidemia de viruela en Santa Fe de Bogotá que durará dos años, el virrey de Nueva Granada, Pedro Mendinueta y Múzquiz, eleva una petición al rey solicitando la vacuna para las colonias. El monarca Carlos IV, debido a la reciente enfermedad de su hija, reaccionará presto y pasará la petición al Consejo de Indias, el que, a su vez, el 13 de marzo de 1803, declara la conveniencia de propagar dicho descubrimiento en América y también en Asia. Alrededor de siete meses más tarde, el 30 de noviembre de 1803, desde el puerto de La Coruña y dirigida por el médico Francisco Xavier Balmis y Berenguer, saldrá la “Real Expedición Filantrópica de la Va-

cuna”, que recorrerá gran parte del territorio colonial español en América y las Filipinas y llegará a Cantón y también a las colonias portuguesas de Macao. A pesar de esta relativa celeridad a la hora de organizar una empresa de tal magnitud, varios de los territorios coloniales se habían hecho con la linfa vacuna semanas antes de la llegada de la expedición, lo que demuestra que los intereses de las colonias habían alcanzado la madurez suficiente para tomar la iniciativa e independizarse de la voluntad peninsular en ocasiones de crisis. Concretamente y para disgusto de Balmis, esto sucedió en la isla de Puerto Rico, donde arraigó la linfa traída desde la colonia holandesa de Saint Thomas y desde donde se distribuyó a partes de Cuba y Guatemala.

Se calcula que gracias a la actividad directa de la expedición cientos de miles de personas fueron vacunadas, aunque quizá el legado más efectivo que dejó a su paso fue la organización, en aquellas poblaciones donde era posible constituir las Juntas de la Vacuna encargadas de la conservación del antídoto y su transmisión a todos los recién nacidos. En cuanto a la duración de la Expedición Filantrópica, una parte concluirá en 1806 con el regreso de Balmis a España desde Asia; sin embargo, la otra, dirigida por su ayudante José Salvany, y a pesar de que en 1810 éste muere en Cochabamba, continuará la labor hasta 1812, momento en que los conflictos independentistas interrumpen la propagación de la vacuna.

Durante el viaje, y debido a que otros métodos para transportar el fluido vacuno no resultaban tan efectivos, éste fue conservado principalmente en los brazos de niños expósitos—en el caso del viaje transatlántico, fueron 26 niños gallegos que tenían entre tres y nueve años—, quienes eran sucesivamente contagiados con la enfermedad vacuna para conservar el virus en su óptimo estado de transmisión. También se utilizaron esclavos, tanto africanos como indígenas, y adolescentes. Pero la distribución de la vacuna no solamente se sirvió de estos portadores; también la escritura propició la divulgación de sus beneficios. En 1802, en La Habana, la Imprenta de la Capitanía General edita quinientos ejemplares de la traducción que Pedro Hernández realiza del tratado *Origen y descubrimiento de la vaccina*, originalmente publicada en Madrid ese mismo año. Al año siguiente, la misma expedición llevará consigo una tirada de varios miles de ejemplares del *Tra-tado histórico y práctico de la vacuna* que Balmis traduce del original francés escrito por Jacques-Louis de la Sarthe, para ser repartidos por todos aquellos lugares visitados.

Es de esta forma, a través de la escritura como vehículo de prevención y de diseminación, como llegamos a los textos literarios que forman el fluido

que nos concierne. La vacuna y la empresa de Balmis inspirarán varias composiciones laudatorias a ambos lados del Atlántico, pero para nuestros objetivos interesan principalmente dos en la América colonial y una en España. Como ya se ha anticipado, las dos primeras, una oda compuesta en romance heroico de 316 versos titulada “A la vacuna” y una obra teatral alegórica con métrica de silva asonantada de 344 versos titulada “Venezuela consolada”, salieron de la mano del caraqueño Andrés Bello; mientras que la otra, una oda con métrica de silva consonantada de 164 versos titulada “A la expedición española”, fue compuesta por el madrileño Manuel José Quintana. Respecto a las fechas de composición, el investigador bellista Pedro Grases afirma que en el caso de Bello “la oda ‘A la vacuna’ y la representación dramática, ‘Venezuela consolada’, fueron escritas durante los días de permanencia de Balmis en Caracas (abril–mayo de 1804)” (“Palabras” 8). En el caso de Quintana, su obra se data en diciembre de 1806, poco después de que Balmis haya regresado a España.<sup>7</sup>

Estos tres textos se inspiran, específicamente, en la transmisión de la vacuna y en la expedición de Balmis, pero además proyectan una problemática muchísimo más amplia en la que la cuestión de la colonia se une a la de la escritura y a la de la enfermedad, transformándolas simultáneamente a todas en objeto de meditación. Es precisamente la reflexión sobre estas cuestiones la que los va a obligar, a pesar de compartir el mismo punto de partida, a alcanzar conclusiones bien distintas. Sintomáticamente, en las valoraciones literarias, la más admirada, sobre todo en una limitada interpretación ilustrada como la que realiza Joaquín Arce, es la de Quintana.<sup>8</sup> En el caso de

7. La primera versión dada a la imprenta se encuentra en el volumen de *Poesías patrióticas* (1808). En el caso de Bello, la historia de los manuscritos es un poco más complicada, pero ha sido trazada por los editores de las *Obras completas* (I: 8 y I: 16), quienes explican que, a pesar de conocerse versiones truncadas, no se publican íntegras hasta 1882. Aunque las citas de los textos se harán por el número de verso, ambos se encuentran en el volumen I de las *Obras completas*: “A la vacuna” ocupa las páginas 8 a 15 y “Venezuela consolada”, las páginas 16 a 26.

8. Además de Arce, Narciso Alonso Cortés, prologuista de las *Poesías* de Quintana publicadas en 1927, señala el “*humanitarismo* . . . que domina principalmente en composiciones como ‘A la vacuna’” (40; énfasis en el original), mientras que María Teresa Cattaneo observa como tema la “denuncia del despotismo dominante nel periodo della storia spagnola in cui la conquista si è attuata” (61). En cierto modo, Quintana siempre estuvo convencido de la importancia y la centralidad de la cuestión americana en su obra. En su destierro extremeño, el 3 de junio de 1827, le escribía a don Antonio de Uguina, mientras luchaba por documentar las varias biografías sobre las que trabajaba: “Las cosas de América son, sin duda, interesantes en la actualidad; pero nunca más delicadas y espinosas de tratarse, principalmente si se consideran por su aspecto moral. Absolutamente hablando, puede prescindirse de éste en las Vidas de Balboa, Pizarro y Hernán Cortés; ¿pero de qué manera desentenderse de él en la de Casas?” (*Epistolario* 126). Esos proyectos bio-

Bello, es notoria la ausencia sistemática en sus antologías de al menos una de estas composiciones, aunque muchas veces se ignoran las dos. El principal motivo de, por una parte, la limitada valoración y, por la otra, la postergación, tiene que ver con una lectura demasiado literal de las obras. Específicamente en Bello, éstas impiden una armonía entre independencia cultural e independencia política, debido a la implícita valoración que se realiza en ellas del sistema colonial. Sin embargo, una lectura más detallada y cuidadosa revela, por el contrario, un contenido mucho más provocador de lo que aparenta y que realmente adquiere sus verdaderas dimensiones al ponerlo en correlación con la obra de Quintana.

Técnicamente hablando, las tres composiciones aspiran a utilizar un mismo lenguaje clasicista. En “A la vacuna” las referencias grecolatinas se manifiestan en vocablos como Febo (34), Pomona (63), Flora (63) y Tisífone (118); en “Venezuela consolada”, junto a personificaciones de Venezuela y el Tiempo, se encuentran menciones a la cabra Amaltea (35) y la presencia de Neptuno como uno de los personajes principales, acompañado de toda su corte de Nereidas (263), Sirenas (266) y Tritones (271). En “A la expedición española” se hallan referencias al Olimpo (57), al argonauta (100) o al sagrado laurel (153). Igualmente, las tres composiciones hacen uso de la alegoría y la personificación: “A la vacuna” se dirige en apóstrofes a la expedición con la segunda persona singular “tú” (213–40); la obra dramática “Venezuela consolada” hace extenso uso de la alegoría a través de sus tres personajes principales—Venezuela, el Tiempo y Neptuno—; y, finalmente, “A la expedición española”, usando la prosopopeya y la personificación, transcribe las palabras de América (32–56) en diálogo con la voz poética.

Este lenguaje mítico, ahistórico y autosuficiente se combina con referen-

---

gráficos titulados *Vidas de españoles célebres*, iniciados en 1807 y pospuestos durante años, llamaron la atención de Bello en enero de 1827, cuando desde las páginas de *El Repertorio Americano* editado en Londres saludaba la reimpresión de la obra, se quejaba de que el autor la hubiera retirado de circulación previamente y señalaba que “Ahora, merced a la impresión que aquí anunciamos, y de la que somos noticiosos va a enviarse un surtido para América, la podemos considerar como restituida al comercio de libros” (*Obras completas* IX: 732). Bello también observaba que este tomo era el “primero de una obra más larga que por desgracia no se ha continuado” (*Obras completas* IX: 732). Curiosamente, si bien tuvo serias dificultades para documentarse, Quintana pudo terminar en su destierro dos volúmenes más en los que la cuestión americana cobraba nuevo brío, a pesar del final del proceso independentista. Aunque existen numerosas ediciones que combinan los tres volúmenes en uno, el segundo editado en 1830 contenía las biografías de Vasco Núñez de Balboa y de Francisco Pizarro; mientras que el tercero y último de 1833, además de la de Álvaro de Luna, incluía la vida de fray Bartolomé de las Casas.

cias explícitas a los protagonistas del descubrimiento de la vacuna y a los emprendedores de la Expedición Filantrópica: Jenner aparece en “A la vacuna” (184), en “Venezuela consolada” (197 y 213) y en “A la expedición española” (66 y 75); Balmis es nombrado tanto en “A la vacuna” (301) como en “A la expedición española” (111 y 151). Finalmente, Bello también menciona a Godoy (299) y a Carlos IV, impulsor real de la expedición, en “A la vacuna” (17, 171, 187, 189, 275, 277) y en “Venezuela consolada” (134, 142, 177, 180, 202, 276, 294, 304, 308, 320, 336, 340).

En el caso de Quintana, ese delicado equilibrio entre lo mítico y lo histórico consigue mantener intacta la estructura temporal de los *topoi* clásicos, ya que lo inspira la visión de una Edad de Oro previa a la presencia española en el continente. La significativa exclamación que abre el poema—“¡Virgen del mundo, América inocente!” (1)—ofrece un claro índice de que el devenir histórico es visto como una perversión y una degeneración del prístino momento original. Un poco más adelante, la voz poética continúa explorando esta idea puramente ilustrada puesto que, como confirman las palabras de Luis Monguió, es evidente que “América no fue ‘inocente’ hasta el Iluminismo” (134):<sup>9</sup>

Con sangre están escritos  
 en el eterno libro de la vida  
 esos dolientes gritos  
 que tu labio afligido al cielo envía.  
 Claman allí contra la patria mía,  
 y vedan estampar gloria y ventura  
 en el campo fatal donde hay delitos.  
 ¿No cesarán jamás? ¿No son bastantes  
 tres siglos infelices  
 de amarga expiación? Ya en estos días  
 no somos, no, los que a la faz del mundo  
 las alas de la audacia se vistieron  
 y por el ponto Atlántico volaron;  
 aquellos que al silencio en que yacías,  
 sangrienta, encadenada, te arrancaron. (líneas 18–32)

9. El mismo Monguió (135, 141) busca ocurrencias de la misma inocencia americana en otras obras de Quintana, tanto de juventud—sirva de ejemplo “A Juan de Padilla” de 1797—como de madurez, en el caso de *Vida del Padre Las Casas*, publicada en 1833.

El silencio precolombino como metáfora del principio, del blanco puro de la virginidad, de la ausencia de escritura e historia, es mancillado en estos versos por el ruido de la conquista, las cadenas de la esclavitud y los delitos de la España imperial. La violencia injusta a la que se ha sometido al continente aparece por dos veces relacionada con la sangre y, más específicamente en el verso 18—el primero transcrito—, con la escritura. Ese líquido ensangrentado es la tinta que tiñe las crónicas, la aventura imperialista en América, y también es la tinta que alimenta la denuncia de Quintana. A este dolor y a esta barbarie de la conquista, a esta violencia activa, el poeta añade la presencia de la viruela, que transforma el cuerpo inocente de América en un organismo sometido, pasivo, enfermo, cubierto de llagas y sujeto por cadenas violentamente forjadas con sangre y unidas mediante los eslabones de la esclavitud, la escritura histórica, la colonia y la enfermedad. Así, las palabras que el propio continente enuncia o enfatiza son claras:

¡Ah! venid a contemplarme,  
 si el horror no os lo veda, emponzoñada  
 con la peste fatal que a desolarme  
 de sus funestas naves fue lanzada.  
 Como en árida mies hierro enemigo,  
 como sierpe que infesta y que devora,  
 tal su ala abrasadora  
 desde aquel tiempo se ensañó conmigo. (40–47)

De esta forma, la propia América descubre su traumática entrada en el devenir de la historia y se despierta a una desgarradora autoconciencia que la arranca de su letargo mítico y que la asimila simultáneamente al sistema de la colonia y a la enfermedad de la viruela, esa “peste fatal”, esa “sierpe” que destruye el paraíso. En esta correlación, “colonia” y “contagio” son términos equivalentes que se constituyen y se apoyan el uno en el otro. Por el contrario, la escritura poética propone un discurso de resistencia frente a la historia, la colonia y la enfermedad, al constituirse como antídoto y vacuna. La única solución lógica a la permanencia de este sistema que perpetúa la epidemia es, claro, inmunizar su cuerpo inoculando la perturbación revolucionaria: la libertad conseguida a través de la lucha, pero también a través de la vacuna y a través de una escritura comprometida con la causa independentista. Quintana, en ese sentido, no es nada ambiguo y, a pesar de que para la fecha de la composición Balmis ya se encontraba de regreso en España tras su vuelta al mundo, dice:

Balmis, no tornes  
 no crece ya en Europa  
 el sagrado laurel con que te adornes.  
 Quédate allá, donde sagrado asilo  
 tendrán la paz, la independencia hermosa (151-55)

Este regreso al equilibrio mítico y utópico marcado por el clásico “sagrado laurel” es la solución definitiva que se propone una vez que el organismo americano haya sido purgado de sus males. En los últimos versos, de los cuales la cita anterior es una muestra, se elabora, pues, un irreal proyecto de futuro basado en un retorno al principio, a un grado cero de la historia marcado simultáneamente por la “paz”, la “independencia” y la implícita salubridad llevadas a América a través de la vacuna. El antídoto a la viruela facilitaría, de este modo, tanto la posibilidad de borrar las tintas y los horrores de la conquista, como la de concluir la agonía de la colonia proponiendo el regreso a un pasado utópico que se proyecta hacia el futuro. Esa temporalidad emancipada del devenir cronológico indica, en realidad, un nuevo principio, igualmente mítico y ahistórico, sobre el que fundar un proyecto continental poscolonialista.

La gran importancia que adquiere para Quintana la posibilidad de la independencia americana desaparece, sin embargo, en las dos obras de Andrés Bello. En el caso del caraqueño, la palabra a la que se recurre es “libertar”, pero en principio ésta no adquiere las connotaciones políticas independentistas de Quintana ya que su sentido es mucho más ambiguo. Por ejemplo, en “Venezuela consolada”, la vacuna “liberta” (203), “libra a los humanos” (210), “libra de temores la belleza” (217) y, muy significativamente, también dice Bello “el digno monarca . . . nos libra / de las viruelas” (335-36). El uso de esta palabra en el contexto de la colonia es revelador, al trazar un paralelismo entre vacuna y monarquía completamente ausente en el canto libertario de Quintana y al dejar fuera de su marco conceptual el problema de la transmisión y el contagio. Este aparente intento de hibridación y de desproblematicación forma parte de una larga serie de reorganizaciones simbólicas que van a afectar las características del lenguaje bellista hasta tal punto que, bajo la tersa apariencia neoclasicista de sus dos obras, bulle una crisis de representación social y simbólica de la que no se puede librar. En otras palabras, el intento de concertar un equilibrio entre la problemática de la colonia y la de la enfermedad obliga a Bello a negociar una solución imposible para un problema innombrado e innombrable dentro de su lenguaje. La

vacuna, de esta forma, proporciona el correlato simbólico de dicha indeterminación.

De forma más evidente que en la oda de Quintana, las obras de Bello poetizan el descubrimiento de Jenner, situándolo en un marco bucólico con sus rebaños y pastores. Si bien es cierto que el médico inglés hace su descubrimiento en el ambiente rural de Gloucestershire, el tratamiento hecho por Bello incide en la reinserción del hallazgo dentro de las coordenadas de un mundo pastoril de clara raigambre virgiliana. Sin embargo, este universo trascendente se ha visto pervertido por una enfermedad que tiene apariencia de mal, pero que es, en realidad, un remedio. Así, en “Venezuela consolada” se puede leer:

En la fértil provincia de Gloucester,  
a la orilla del Támesis britano,  
aparecieron de repente heridos  
de contagiosa plaga los rebaños.  
A los cuerpos pasó de los pastores  
el nuevo mal; y cuando los humanos  
el número juzgaban de las pestes  
por la divina cólera aumentado,  
notaron con asombro que venía  
en aquel salutífero contagio  
encubierto un feliz preservativo  
que las negras viruelas respetaron.  
Jenner tuvo la dicha de observarle;  
y de su territorio en pocos años,  
desterró felizmente las viruelas,  
el contagio vacuno propagando. (185–200)

Esta plaga en principio negativa y de sentido bíblico, ya que podría haber aumentado a once el número de las del Éxodo, se convierte de esta forma en algo positivo. En otras palabras, lo que parece ser enfermedad y tiene todos los síntomas de una plaga se transmuta en una cura, en un antídoto. No obstante, esta dinámica ambigua no se realiza sin haber afectado las características del *topos* clásico que se quiere evocar, puesto que la contaminación y la enfermedad dentro del *locus amoenus* presionan y cuestionan los límites de su capacidad de representación. Al mismo tiempo, la disolución

de las fronteras del tópico marca la crisis de un sistema en el que se inserta una indecisión que incide en la idea de caos.

Es importante el énfasis que pone Bello en este hallazgo fortuito porque, de algún modo, a través de él aparece una problemática textual mucho más profunda de lo que aparenta superficialmente. El antídoto a la viruela no sólo cuestiona la diferencia entre cura y enfermedad, sino que opera transmitiéndose de animal a ser humano y transformando los elementos pasivos del paisaje bucólico en agentes de modificación activa. El “asombro” producido por el “salutífero contagio” es síntoma de un cuestionamiento epistemológico tanto del lenguaje clasicista como de los polos éticos del poema que confunden el bien y el mal, lo positivo y lo negativo, revelando una crisis y una fisura en la representación del *topos* y de la escritura. Evidentemente, este trastorno no es sino la misma problemática del *pharmakon* que Jacques Derrida describe tan eficazmente al analizar el diálogo platónico *Fedro*:

Socrates compares the written texts Phaedrus has brought along to a drug (*pharmakon*). This *pharmakon*, this “medicine,” this philter, which acts as both remedy and poison, already introduces itself into the body of the discourse with all its ambivalence. This charm, this spellbinding virtue, this power of fascination, can be—alternatively or simultaneously—beneficent or maleficent. (70)

Tanto el remedio y la panacea como el veneno y la ponzoña prometen simultáneamente un complejo proyecto de (des)infección. Con este análisis se puede comprender de modo más evidente el tipo de problema que confronta Bello, pero también cuáles son las tensiones que el escritor intenta desactivar con su infic(c)ionación. No es una casualidad que los términos en juego, como “contagio”, “plaga” o “peste”, se vean reconstituídos como “salud”, “felicidad” y “dicha”, porque en la base de los trabajos de Bello subyace la problemática de cómo expresar las bondades del sistema colonialista que han generado su propia enfermedad simbólica y literalmente.

Este antídoto encubierto bajo los ambivalentes síntomas de la enfermedad vacuna genera a su vez, en el caso de Bello, una valoración de la verdadera enfermedad humana. Por esto es necesario enfatizar que el colapso de la armonía es producto de una disonancia establecida por la interferencia entre una te(le)ología escatológica y una histórica. Ésta describe, pues, una mut(il)ación de unos códigos de representación en los que mito e historia se confunden, al mismo tiempo que la epidemia amenaza con terminar el

mundo. La reescritura del cosmos bucólico, del mismo modo que se ve afectada por las disoluciones de la cura oculta bajo el veneno, se ve complementada por una similar recontextualización de la Edad de Oro en la que dicha representación trascendente, por una parte, entra en crisis, y, por otra, se ve sujeta al devenir de la cronología. Paralelamente, la empresa colonizadora se transforma en la garantía de un orden esclavista sustentado por una enfermedad que lo constituye y lo legaliza al mismo tiempo que lo problematiza. De este modo, el orden y el desorden se ven generados mutuamente, situación que produce unos efectos bien claros:

Los nudos más estrechos  
se rompen ya: la esposa huye al esposo,  
el hijo al padre y el esclavo al dueño.  
¡Qué mucho si las leyes autorizan  
tan dura división! (122–26)

De esta forma la viruela, la verdadera enfermedad, tiene la capacidad de romper todos los vínculos sagrados que constituyen el orden de la colonia: matrimonio, patriarcado, herencia y esclavismo. La ley es la única que puede poner coto al establecimiento de tales perversiones, pero es ineficaz para luchar efectivamente contra el mal porque se ha disuelto en la pócima letal de la enfermedad. Así, las continuas llamadas de Bello a la organización patriarcal, legal y esclavista, sus repetidas referencias al monarca español, así como la dedicatoria explícita del poema a don Manuel de Guevara Vasconcelos, presidente gobernador y capitán general de las provincias de Venezuela, pueden leerse en una limitada interpretación como “*panegyrics*” (Cussen 15), pero verdaderamente suponen la imposible y excesiva defensa de un sistema fundado y mantenido sobre la colonia y sobre la viruela, a pesar de que en una se encuentre la disolución de la otra y de que se consolide la interdependencia que existe entre ambas. Un sistema que, paradójicamente, se ve amenazado por una enfermedad iniciada por la propia actividad colonialista y que, por lo tanto, contiene en su interior el germen de su propia destrucción.

Evidentemente, las referencias a la dominación española son inevitables en este contexto. Así pues, la implícita justificación del sistema adquiere los signos de una (ex)culpación constituida y contradictoriamente cuestionada por el proceso histórico de la conquista. Para Quintana la solución es obvia: la vacuna concluirá al mismo tiempo la perversión de la enfermedad y la de

la colonia con el objetivo de regresar al futuro de la arcaica Edad de Oro. Sin embargo, para Bello, la situación no puede ser tan sencilla, porque el *pharmakon* mediatiza de modo más evidente su escritura y lo obliga a reconstituir las oposiciones binarias mezclándolas, diluyéndolas y subvirtiéndolas. Por este motivo, en “A la vacuna”, el imperio es precedido, no por una Edad de Oro y una virginidad trascendente, como sí sucedía en Quintana, sino por la oscuridad, la idolatría y los sacrificios de los habitantes precolombinos:

Un pueblo inteligente y numeroso  
 el lugar ocupó de los desiertos,  
 y los vergeles de Pomona y Flora  
 a las zarzas incultas sucedieron.  
 No más allí con sanguinarios ritos  
 el nombre se ultrajó del Ser Supremo,  
 ni las inanimadas producciones  
 del cincel, le usurparon nuestro incienso;  
 con el nombre español, por todas partes,  
 la luz se difundió del evangelio,  
 y fue con los pendones de Castilla  
 la cruz plantada en el indiano suelo. (61–72)

Es evidente que, para Bello, la cultura no es solamente un término que remite a la civilización, sino que se refiere a su origen etimológico, en cuanto cultivo del campo y dominio humano sobre la naturaleza. La población ha colonizado los desiertos; el orden del jardín sustituye el caos de la zarza; la cruz, como si fuera una planta, ha arraigado en el suelo americano extendiendo la subterránea red de sus raíces. Sin embargo, el cuadro no estaría completo si solamente se alabara la presencia y el influjo castellanos, ya que las ambiguas insidias del *pharmakon* dejan también su huella. Todo este beneficio se ve problematizado y revolucionado por la simultánea entrada de la peste virolenta:

Parecía completa la grande obra  
 de la real ternura; en lisonjero  
 descanso, las nacientes poblaciones  
 bendecían la mano de su dueño,  
 cuando aquel fiero azote, aquella horrible  
 plaga exterminadora que, del centro

de la abrasada Etiopía transmitida,  
 funestó los confines europeos,  
 a las nuevas colonias trajo el llanto  
 y la desolación; en breve tiempo,  
 todo se daña y vicia; un gas impuro  
 la región misma inficionó del viento;  
 respirar no se pudo impunemente;  
 y este diáfano fluido en que elementos  
 de salud y existencia hallaron siempre  
 el hombre, el bruto, el ave y el insecto,  
 en cuyo seno bienhechor extrae  
 la planta misma diario nutrimento,  
 corrompióse, y en vez de dones tales,  
 nos trasmitió mortífero veneno. (73–92)

Es decir: la cultura, el orden y el dominio de la colonia parecían completar “la grande obra”, pero ésta no se encontraba realmente ultimada hasta la llegada de la plaga que cuestiona el orden y equilibrio natural mantenido entre ser humano, animal, ave, insecto y planta. De este modo, tanto la conquista como el sistema colonialista desarrollado tras ella se ven sujetos a la misma problemática constitución de la enfermedad que cura y de la cura que enferma. Esta afirmación simultáneamente positiva y negativa conduce a Bello a reescribir el tópico mencionado y a desarticular algunas de sus características constituyentes. Ya se ha dicho cómo el ambiente bucólico se ha actualizado, historiado y recontextualizado al ser incorporado al presente, al mismo tiempo que la enfermedad que cura se ha descubierto. Este mismo proceso altera las características temporales del *topos* de la Edad de Oro. Ahora, en lugar de situarse en un pasado absoluto, puesto que la cultura precolombina se basa en idolatría y sacrificio, se ve proyectado al futuro, una vez que la vacuna haya ejercido su benéfico efecto:

La agricultura ya de nuevos brazos  
 los beneficios siente, y a los bellos  
 días del *siglo de oro*, nos traslada;  
 ya no teme esta tierra que el comercio  
 entre sus ricos dones le conduzca  
 el mayor de los males europeos;  
 y a los bajeles extranjeros, abre

con presuroso júbilo sus puertos.  
 Ya no temen, en cambio de sus frutos,  
 llevar los labradores hasta el centro  
 de sus chozas pacíficas la peste,  
 ni el aire ciudadano les da miedo.  
 Ya con seguridad la madre amante  
 la tierna prole aprieta contra el pecho,  
 sin temer que le roben las viruelas  
 de su solicitud el caro objeto. (241–55; énfasis mío)

De este modo, el *pharmakon* y el sistema de la colonia, sus tensiones y contradicciones han obligado a Bello a una redistribución del lenguaje clasicista, provocando una adulteración cronológica y semántica de dichos mitos que repercute en todo el contenido de su obra. A diferencia de lo que sucede en Quintana, la nueva Edad de Oro se ha historiado y se ha invertido. Se ha fundado bajo el imperio del comercio burgués, de la agricultura, de la armonía entre el campo y la ciudad, de la (re)producción de la “cara”—a la vez querida y costosa—fuerza de trabajo. Resulta irónico que ésta sea una Edad de Oro fundada sobre el sistema de la colonia, pero despojada quiméricamente de la enfermedad que la ha constituido. Al mismo tiempo, el proceso degenerativo implícito en este mito se ha tergiversado al presentarse, no como un paso previo a la Edad de Hierro que supone toda civilización, sino como parte del desarrollo de la modernización constituida por un nuevo mito: el del progreso.

A pesar de que Quintana y Bello nunca llegaron a cruzar su camino excepto en la encrucijada textual de estas tres composiciones, su futuro quedó igualmente marcado por ellas, mostrando de modo todavía más claro la matriz en la que conviven en eterna batalla las interdependencias, las rimas, los ritmos y las cadencias que relacionan escritura, enfermedad, vacuna, colonia e independencia.<sup>10</sup> Como las correspondencias y las relaciones entre estos

10. Efectivamente, Bello y Quintana no llegaron a conocerse personalmente, aunque esto no significa que no supieran el uno del otro. Los dos compartían una fascinación por la poesía antigua castellana, tal y como se puede ver en las referencias que Bello hace a las *Poesías selectas castellanas, desde el tiempo de Juan de Mena hasta nuestros días*, que Quintana editó en tres volúmenes en 1807 y en cuatro en 1817, cambiándole el título a *Tesoro del Parnaso español*. Bello cita esta obra y la introducción de Quintana en las “Notas a la *Gesta de Mio Cid*” (*Obras completas* VII: 202) y amplía esa mención en varios artículos que publica en *El Araucano* bajo el título “Literatura Castellana” en 1834 (VII: 475) y en 1841 (VII: 484–85). Retoma la misma idea en las “Observaciones

términos no pueden describirse mediante un espacio reducido a bipolaridades sencillas y exclusivas entre lo negativo y lo positivo, sino que forman parte de un sistema múltiple, indeterminado e irreducible a la singularidad, este complejo semántico se contagió a las vidas de ambos. A pesar de que, previsiblemente, quien comprende mejor las dimensiones de este callejón sin salida no es Quintana, con su explícito canto a la independencia hispanoamericana, sino Bello, con su ambivalente discurso continuamente desplazado y reevaluado desde el interior de los parámetros conceptuales que maneja, ambos fueron inficionados con las secuelas de la escritura de la colonia, la enfermedad y la vacuna.

Es sabido que Andrés Bello es nombrado en 1807 secretario de la Junta Central de la Vacuna de Caracas. Como lo describe Manuel Salvat Monguillot, “él fue el autor de dos planes en relación con la Junta: uno relativo a su

---

sobre la *Historia de la literatura española*, de Jorge Ticknor, ciudadano de los Estados Unidos” (VII: 515–687). La admiración de Bello por la obra de Quintana y el uso de ésta como punto de referencia creativo en la época se manifiesta en varios momentos significativos. Por ejemplo, así lo consigna al realizar su “Juicio crítico sobre las obras poéticas de don Nicasio Álvarez de Cienfuegos” (IX: 207), al examinar las “*Poesías* de D. J. Fernández Madrid” (IX: 292), al considerar la gramática de José Joaquín de Mora (IX: 305) y al añadir, en el mismo lugar, que “En los escritos de Quintana hallamos elevación, amenidad, ideas nuevas, expresiones a veces vigorosas” (IX: 314). Al escribir sobre la “*Campaña del ejército republicano al Brasil y triunfo de Ituzaingó. Canto lírico por Juan Cruz Varela*” (IX: 243–50), manifiesta una velada referencia a las proclamas independentistas del escritor español diciendo entre paréntesis que su “nombre será siempre caro a los americanos, por el desinteresado y temprano amor que profesó a su libertad, el virtuoso y desgraciado Quintana” (IX: 249). Ahora, ¿qué sabía Quintana de Bello? En primer lugar, se debe observar que la suerte de ambos ha sido muy distinta, ya que, pese a ser una de las figuras literarias y políticas más importantes en la España de la primera parte del siglo XIX, todavía hoy no existen unas verdaderas obras completas de Quintana. De hecho, la edición realizada por él mismo para el tomo XIX de la *Biblioteca de Autores Españoles* olvida una parte considerable de su producción. De todas formas, algo podemos reconstruir de lo que Quintana sabía de Bello gracias a una carta fechada el 1 de mayo de 1827, que Thomas Farmer envía curiosamente no al primero, sino al segundo desde Madrid. Creemos que, aunque el párrafo es algo largo, su contenido es excepcionalmente revelador en nuestra discusión, ya que manifiesta las casuales y a la vez profundas concordancias entre ambos: “La modestia con que V. habla de sus obras realza más su mérito, y si se atiende a la terrible severidad con que aceptó cuatro composiciones querría V. condenarlas al olvido . . . Como yo vine a España por ocho meses, tampoco traje papeles de ninguna clase, y por una rara casualidad me encontré con copia de aquellos dos sonetos así como la tengo también del drama alegórico *El Certamen de los Patriotas* . . . Yo he hecho ver esta pieza a los dos mejores, o mejor únicos poetas españoles D. Manuel Josef Quintana y D. Juan Nicasio Gallego, y la encuentran admirable. También ha olvidado V. el poema de la ‘Vacuna’ y por lo que toca a *Églogas* yo sé casi dos enteras de memoria” (XXV: 313). Como es sabido, de esas dos églogas, “Tirsis y Clori” y “Palemón y Alexis”, se ha perdido la segunda, exceptuando el primer verso que cita aquí Farmer, de la misma forma que no se conserva rastro de *El Certamen*. Si juzgáramos a Bello por las palabras de su amigo, también la “Oda a la vacuna” podría haber corrido la misma suerte.

funcionamiento y el otro referente a los arbitrios” (19). Al año siguiente, la Junta decide comisionar una historia del descubrimiento de Jenner, pero a pesar de que en calidad de secretario le habría correspondido esa labor, no se le encarga el proyecto por estar demasiado ocupado en la Capitanía General. Sintiendo desairado, Bello dejará constancia de su malestar en las actas de la sesión (Grases, “*Palabras preliminares*” 11–12), pero accederá a un arreglo. Ese mismo año dejará su cargo en la Junta y, a consecuencia de la insurrección de 1810, saldrá para Inglaterra como miembro de una embajada oficial que representa al nuevo gobierno ante la corte británica. Allí, una de sus primeras colaboraciones en inglés, solicitada con apremio por José María Blanco-White, será un informe acerca de la introducción y los efectos de la vacuna en una Venezuela a la que nunca regresará y en la que, una vez incorporada a su subjetiva y radical orfandad, se refugiará la melancolía del paraíso perdido.<sup>11</sup> Paradojas del destino, la independencia le hurtará a Bello el arraigo primordial de su juventud colonial, provocando la experiencia de un exilio que nunca llegará a resolverse ni literal ni simbólicamente. El escritor será expulsado y proyectado a un desasosegante mundo de inestabilidades que lo despojarán de toda certeza vital. Como es sabido, sus inmortales silvas se componen en el exilio londinense, cuando ya la colonia ha dejado de existir en el continente americano. Dichas composiciones, elegidas y erigidas como punto culminante de su obra poética, serán continuamente contrapuestas a aquéllas otras escritas en Venezuela; pero esa preferencia ignora que su escritura actúa como venda de una herida que jamás va a cicatrizar.<sup>12</sup> No en vano, como recuerda Emir Rodríguez Monegal, incluso en Chile “siguió

11. La carta de Blanco se incluye en el primer volumen del *Epistolario (Obras completas XXV: 58–59)*. El texto al que hace referencia y que se publicó en el *Report of the National Vaccine Establishment in London for the Year 1812* ha sido transcrito, traducido y recuperado recientemente por Iván Jaksic. Sólo se puede encontrar en la versión en español de su biografía de Bello (275–77).

12. Para Teodosio Fernández, la “Oda a la vacuna” comparte con las silvas la “visión continental de la América hispánica” (“Andrés II” 59). Sin embargo, las lecturas más frecuentes de las obras más conocidas y antologizadas de Bello inciden en una idea básica que divide la escritura de Bello en dos períodos marcados ideológicamente: la clausura de la colonia y el nacimiento del proyecto independentista. Así, las silvas se relacionan con “el cultivo de la emancipación intelectual de las generaciones libres de América” (Rosser 80), con la renovación de “un intento de afirmar una identidad propiamente hispanoamericana” al modificar el tópico de la *translatio* (Lauterbach 176) y con una “verdadera declaración de independencia intelectual de Hispanoamérica” (Carilla 13). Finalmente, “hacen del mito edénico un mito de la libertad” (Miranda 158). En una línea similar se expresan tanto Otto Morales desde su significativo título “Don Andrés Bello: la identidad indoamericana”, como, incluso, Juan Durán al identificar las “preocupaciones anticoloniales” (36) de las silvas.

siendo considerado extranjero. A él también se le aplicaron mote injuriosos. Se le llamó *godo*, aludiendo a su tendencia hispánica y, tal vez, a sus simpatías monárquicas. Hasta los íntimos lo llamaban el *gallego*” (274–75; énfasis en el original). Paralelamente, como ya se ha dicho, las dos composiciones suyas a las que nos hemos referido son sistemáticamente desterradas del canon bellista, a pesar de que el intento de armonizar sus tensiones y sus contradicciones hablan con mucha mayor claridad de las condiciones de la colonia que cualquiera de sus obras más conocidas. Éstas últimas, curiosamente, presentan una arcadia alejada de toda angustia, de toda historia, y acatan un lenguaje clasicista mucho más tópico y típico en términos relativos. En todo caso, la actitud de Bello hacia la colonia seguirá siendo extremadamente polémica para los independentistas posteriores, algo que se traducirá, por ejemplo, en los ataques que en la década de 1840 le dirigen Sarmiento y Lastarria.<sup>13</sup>

El caso de Quintana es igualmente representativo, ya que pone en juego situaciones que, en apariencia, son muy distintas, pero que en el fondo revelan unos misteriosos ritmos y sincronías con el caso de Bello. Quintana también redactará varios escritos para una Junta, pero no para la de la vacuna, sino para la Junta Central encargada de organizar la resistencia contra la invasión francesa de 1808. Algunos de estos escritos fueron utilizados con posterioridad para desacreditarlo; concretamente, el relativo a la participación de las colonias en el establecimiento de una nueva constitución liberal recibió especiales críticas. De hecho, Quintana tuvo que defenderse de estas maliciosas alegaciones en julio de 1811 con un escrito titulado *Contestación de D. Manuel José Quintana a los rumores y críticas que se han esparcido contra él en estos días*. También fueron presentados como pruebas en su contra al ser denunciado ante el Tribunal de la Inquisición tan pronto como Fernando VII regresó al poder en 1814. Así lo cuenta el mismo Quintana en el escrito que compone para defenderse de las acusaciones: “estos escritos, . . . [fueron] después denunciados, tergiversados y convertidos en cargo contra mí, como causadores de la insurrección americana” (*Memoria* 78). Igualmente, tal y

---

13. Pedro Grases afirma que “[s]ería fácil prodigar las citas del criterio ponderado de Bello respecto al valor de las colonias hispánicas” (“Andrés Bello y la cultura” 549). Este criterio es precisamente el que nutre las polémicas entre Sarmiento y Bello tratadas en el artículo de Felipe Herrera y los enfrentamientos entre Lastarria y Bello tratados por Marisella Meléndez. El propio José Victorino Lastarria se refiere a estos enfrentamientos en sus *Recuerdos literarios*. Sobre estos debates, véanse Rodríguez Monegal 239–319 y Jaksic 131–49. Asimismo, consúltense Woll y Kristal.

como cuenta su sobrino homónimo al publicar sus *Obras inéditas* en 1872, aún en 1852, dos años antes de que Isabel II le ofreciera la corona poética y cuatro antes de su muerte, Ferrer del Río recordaba el veneno letal de dichas proclamaciones (xvi). Todavía en 1887, Marcelino Menéndez y Pelayo regresaba sobre esta cuestión en una conferencia dada en el Ateneo de Madrid:

Las mismas ideas que Quintana había expresado al principio de la oda *A la vacuna* las puso luego en prosa en las proclamas que redactó para América como Secretario de la Junta Central, proclamas que empiezan invariablemente con frase de este tenor: “Ya no sois aquellos que por espacio de tres siglos habéis gemido bajo el yugo de la servidumbre: ya estáis elevados a la condición de hombres libres”; proclamas que hicieron un efecto desastroso, contribuyendo a acelerar el alzamiento contra la madre patria. (IX: 250)

No parece casual en absoluto la relación creada entre la obra poética y la obra política de Quintana, porque en ambas late la presencia de ese *pharmakon* que diluye y cuestiona la relación entre colonia y metrópoli. La lectura parcial, equívoca e interesada que de ese documento realiza Menéndez y Pelayo es sintomática de las tensiones que se desarrollan a raíz de los hechos ya mencionados, pero también es sintomática de la problemática constitución de la colonia, en cuanto enfermedad que necesita una vacuna y en cuanto escritura que, ofreciéndose como cura, en realidad se contagia y transmite una enfermedad.<sup>14</sup>

De este modo, la escritura y la vida de Andrés Bello y de Manuel José Quintana tratan de ofrecer una respuesta (in)coherente a la (im)posibilidad de ofrecer una síntesis entre colonizador y colonizado, entre enfermedad y vacuna. Al mismo tiempo, intentan negociar una situación en la que cualquier decisión que se tome va a suponer o bien una escisión independentista o bien una incisión que injerte en el cuerpo hispanoamericano una imposible diferencia entre colonia y enfermedad. En el caso de Quintana, el proyecto

14. También en el capítulo II del libro séptimo de la *Historia de los heterodoxos españoles* (1880–1882), Menéndez y Pelayo se había referido a esta polémica diciendo que las llamadas a la libertad escritas por Quintana eran “Frasas buenas en un libro del abate Raynal o en la oda ‘A la vacuna’, pero absurdas e impolíticas siempre en la de un Gobierno español, que así aceleraba y justificaba la emancipación de sus propias colonias”. Sobre este tema, véase asimismo Quintana, *Obras inéditas* xv–xxv.

independentista lo lleva a negar el devenir histórico e imponer un ficticio regreso a la Edad de Oro. En el caso de Bello, la posterior ce(n)sura impuesta sobre sus obras de juventud es extraordinariamente significativa, porque en efecto revela que el *pharmakon* elude todo tipo de caracterización y, sobre todo, problematiza el control de un discurso fundado sobre las polaridades de la nación.<sup>15</sup>

### Obras citadas

- Aceves Pastrana, Patricia y Alba Morales Cosme. "Conflictos y negociaciones en las expediciones de Balmis." *Estudios de Historia Novohispana* 17 (1997): 171–201.
- Álvarez, Julia. *Saving the World*. Chapel Hill: Algonquin Books, 2006.
- . *Para salvar el mundo*. Madrid: Alfaguara, 2007.
- Amar y Arguedas, José. *Instrucción curativa de las viruelas*. Madrid: Joaquín Ibarra, 1774.
- Arce, Joaquín. "Scienza e lirica illuministica dall'inoculazione al vaccino in Italia e in Spagna". *Letteratura e scienza nella storia della cultura italiana: atti del IX Congresso A.I.S.L.L.I. : Palermo-Messina-Catania, 21–25 aprile 1976*. Ed. V. Branca. Palermo: Manfredi, 1978. 598–609.
- Balaguer Perigüell, Emilio y Rosa Ballester Añón. *En el Nombre de los Niños. Real Expedición Filantrópica de la Vacuna 1803–1806*. Monografías de la AEP 2. Asociación Española de Pediatría, 2003. 15 de septiembre de 2006. <<http://www.aeped.es/balmis/libro-balmis.htm>>.
- Bello, Andrés. *Dos textos de Andrés Bello en la Junta Central de Vacuna, Caracas, 1807–1808*. Caracas: La Casa de Bello, 1979.
- . *Obras completas*. 2 ed. 26 vols. Caracas: La Casa de Bello, 1981–1984.
- Bergaño y Villegas, Simón. *Poemas*. Guatemala: Revista de Guatemala, 1959.
- Brau, Salvador. *La colonización de Puerto Rico, desde el descubrimiento de la isla hasta la reversión a la corona española de los privilegios de Colón*. San Juan de Puerto Rico: Instituto de Cultura Puertorriqueña, 1966.
- Cardozo, Lubio. "Andrés Bello entre los precursores de las luchas contra el colonialismo cultural en Hispanoamérica." *Káñina: Revista de Artes y Letras de la Universidad de Costa Rica* 6 (1982): 57–59.
- Carilla, Emilio. "Perfil literario de Andrés Bello." *Inter-American Review of Bibliography* 16 (1966): 3–19.
- Caro, Miguel Antonio. *Escritos sobre don Andrés Bello*. Bogotá: Instituto Caro y Cuervo, 1981.
- Carrillo Ramírez, Salomón. *El poeta Villegas*. Guatemala: Curthiz, 1937.

---

15. Una versión reducida y simplificada de este artículo ha sido leída en la International Conference on Caribbean Studies organizada por la University of Texas Pan American los días 2 a 5 de noviembre de 2006. Agradezco a Paco Plata una cuidadosa lectura de este manuscrito.

- Cattaneo, Maria Teresa. *M. J. Quintana e R. Del Valle Inclán. Studi di letteratura spagnola*. Milano: Cisalpino-Goliardica, 1971.
- Cooper, Donald B. *Las epidemias en la Ciudad de México, 1761–1813*. México D.F.: Instituto Mexicano del Seguro Social, 1980.
- Cueto, Leopoldo Augusto de. *Poetas líricos del siglo XVIII*. Biblioteca de Autores Españoles 67. Madrid: Ribadeneyra, 1875.
- Cussen, Antonio. *Bello and Bolívar: Poetry and Politics in the Spanish American Revolution*. Cambridge, U.K.: Cambridge UP, 1992.
- Derrida, Jacques. "Plato's Pharmacy." *Dissemination*. Trans. Barbara Johnson. Chicago: U of Chicago P, 1981. 61–171.
- Díaz del Castillo, Bernal. *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*. 2 vols. México D.F.: Pedro Robredo, 1939.
- Durán Luzio, Juan. *Siete ensayos sobre Andrés Bello, el escritor*. Santiago de Chile: Andrés Bello, 1999.
- Fernández, Teodosio. "Andrés Bello: teoría y práctica de la expresión literaria latinoamericana (I)". *Letras de Deusto* 12 (1982): 39–57. Segunda parte en 13 (1983): 51–68.
- Fernández de Castilla, Pedro. *El mundo engañado por la inoculación de las viruelas: disertación físico-médica*. Cádiz: Manuel Ximénez Carreño, 1789.
- Gibson, Charles. *The Aztecs under Spanish Rule: A History of the Indians of the Valley of México, 1519–1810*. Stanford: Stanford UP, 1964.
- Gil, Francisco. *Disertacion físico-médica, en la qual se prescribe un método seguro para preservar á los pueblos de viruelas hasta lograr la completa extincion de ellas en todo el Reyno*. Madrid: D. Joaquín Ibarra, 1784.
- Grases, Pedro. "Andrés Bello y la cultura colonial." *Boletín del Instituto Caro y Cuervo* 4 (1948): 538–50.
- . *En torno a la obra Bello*. Caracas: Tip. Vargas, 1953.
- . "Palabras preliminares." En *Dos textos de Andrés Bello en la Junta Central de Vacuna, Caracas, 1807–1808*. Andrés Bello. Caracas: La Casa de Bello, 1979. 7–13.
- Herrera, Felipe. "Presencia de Bello en la integración cultural latinoamericana." *Atenea* 443–44 (1981): 175–92.
- Jaksic, Iván. *Andrés Bello: la pasión por el orden*. Santiago de Chile: Editorial Universitaria, 2001.
- . *Andrés Bello: Scholarship and Nation-Building in Nineteenth-Century Latin America*. Cambridge, U.K.: Cambridge UP, 2001.
- Jenner, Edward. *An Inquiry into the Causes and Effects of the Variolae Vaccinae*. London: Sampson Low, 1798.
- Kristal, Efraín. "Dialogues and Polemics: Sarmiento, Lastarria, and Bello." *Sarmiento and His Argentina*. Ed. Joseph T. Criscenti. Boulder: Lynne Rienner Publishers, 1993. 61–70.
- Lastarria, José Victorino. *Recuerdos literarios*. Santiago: LOM Ediciones, 2001.
- Lauterbach, Frank. "Escribir al Oeste, mirar al Este: Andrés Bello y el curso de la poesía." *Do the Americas Have a Common Literary History?* Ed. Barbara Buchenau y Annette Paatz. Frankfurt am Main: Peter Lang, 2002. 175–94.
- Meléndez, Marisella. "Miedo, raza y nación: Bello, Lastarria y la revisión del pasado colonial." *Revista Chilena de Literatura* 52 (1998): 17–30.

- Memmi, Albert. *The Colonizer and the Colonized*. 1957. Boston: Beacon P, 1991.
- Menéndez y Pelayo, Marcelino. *Edición nacional de las obras completas de Menéndez Pelayo*. 66 vols. Santander: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1940–1974.
- Miranda, Julio E. “Andrés Bello: poesía, paisaje y política.” *Cuadernos Hispanoamericanos* 500 (1992): 153–67.
- Monguió, Luis. “Don Manuel José Quintana y su oda ‘A la expedición española para propagar la vacuna en América’.” *Estudios sobre literatura hispanoamericana y española*. México D.F.: De Andrea, 1958. 131–41.
- Morales Benítez, Otto. “Don Andrés Bello: la identidad indoamericana.” *Boletín de la Academia Colombiana* 49.201–02 (1998): 23–26.
- Moreau de la Sarthe, Jacques-Louis. *Tratado histórico y práctico de la vacuna: que contiene en compendio el origen y los resultados de las observaciones y experimentos sobre la vacuna, con un examen imparcial de sus ventajas, y de las objeciones que se le han puesto, con todo lo demás que concierne a la práctica del nuevo modo de inocular*. Trad. Francisco Xavier de Balmis. Madrid: Imprenta Real, 1803.
- Páez Pumar, Mauro, ed. *Orígenes de la poesía colonial venezolana*. Caracas: Concejo Municipal del Distrito Federal, 1979.
- Quintana, Manuel José. *Contextación [sic] de D. Manuel Josef Quintana a los rumores y críticos que se han esparcido contra el en estos días [Cádiz, 23 de julio de 1811]*. (Cádiz): s.i., [1811?].
- . *Epistolario inédito del poeta d. Manuel José Quintana*. Ed. Eloy Díaz-Jiménez y Molleda. Madrid: V. Suárez, 1933.
- . *Memoria sobre el proceso y prisión de D. Manuel José Quintana en 1814. Quintana revolucionario*. Ed. M. E. Martínez Quinteiro. Madrid: Narcea, 1972.
- . *Obras completas*. 1852. Biblioteca de Autores Españoles 19. Madrid: Atlas, 1946.
- . *Obras inéditas*. Madrid: Medina y Navarro, 1872.
- . *Poesías*. Ed. Narciso Alonso Cortés. Madrid: La Lectura, 1927.
- . *Poesías patrióticas*. Madrid: Imprenta Real, 1808.
- . *Selección poética*. Ed. R. Reyes Cano. Madrid: Editora Nacional, 1978.
- Ramírez Martín, Susana María. *La mayor hazaña médica de la colonia: la Real Expedición Filantrópica de la Vacuna en la Real Audiencia de Quito*. Quito: Abya-Yala, 1999.
- . *La salud del imperio: la Real Expedición Filantrópica de la Vacuna*. Madrid: Fundación Jorge Juan, 2002.
- Rodríguez Monegal, Emir. *El otro Andrés Bello*. Caracas: Monte Ávila, 1969.
- Rojo, Grínor. “El pensamiento universitario de Bello: identidad hispanoamericana y sujeto moderno.” *Ficciones y silencios fundacionales: literaturas y culturas poscoloniales en América Latina (siglo XX)*. Ed. Friedhelm Schmidt-Welle. Madrid: Iberoamericana, 2003. 153–64.
- Rosser, Harry L. “Las silvas americanas de Andrés Bello.” *Romance Notes* 15 (1973): 80–87.
- Santa Cruz y Espejo, Francisco Javier Eugenio. *Escritos del doctor Francisco Javier Eugenio Santa Cruz y Espejo*. 2 vols. Quito: Imprenta Municipal, 1912. 25 de septiembre de 2007. <<http://www.cervantesvirtual.com/FichaAutor.html?Ref=7367>>.
- Salvat Monguillot, Manuel. “Vida de Bello.” *Estudios sobre la vida y obra de Andrés Bello*. Ed. Alamiro de Ávila Martel et al. Santiago de Chile: U de Chile, 1973. 11–77.

- Smith, Michael M. *The “Real Expedición Marítima de la Vacuna” in New Spain and Guatemala*. Philadelphia: American Philosophical Society, 1974.
- Spallarossa, Giovanni. *Disertacion fisico-medica sobre la utilidad de la inoculación de las viruelas*. Trad. del Toscano. Cadiz: [s. n.], 1767.
- Todorov, Tzvetan. *The Conquest of America: The Question of the Other*. Norman: U of Oklahoma P, 1999.
- Torres Rioseco, Arturo. “La huella de Quintana en la literatura hispanoamericana.” *Revista Iberoamericana* 44 (1957): 261–72.
- Woll, Allen L. “The Philosophy of History in Nineteenth-Century Chile: The Lastarria–Bello Controversy.” *History and Theory* 13 (1974): 273–90.

